

NUESTRA SEÑORA DE ARRATE.



(AL SR. D. ANTONIO ARZÁC.)

Arrate, Aranzazu, Begoña, Iziar y otros mil nombres que pudiéramos citar son las enseñas gloriosas, á cuyo benéfico amparo han vivido en el trascurso de los siglos las generaciones bascas, llenas de fê, formando un rico caudal de venerandas tradiciones religiosas que han sido y son para dicha suya el hálito fecundo de una existencia venturosa.

¿Y quién, con el alma dulcemente suspendida, y remontando la imaginacion á tiempos que desaparecieron y se pierden en la bruma de las edades, no escucha extasiado de labios fervorosamente creyentes el relato tan sencillo como milagroso de aquellas apariciones del emblema santo del Catolicismo, de una Madre-Virgen, que, ya en el elevado pico de abstrusa montaña, ya en una terrible pendiente de monte que pierde su base en un abismo sin fondo conocido, se presenta á venturosos mortales como la esperanza de un sueño realizado y el emblema de nueva fortificacion de las creencias religiosas?

¡Felices los pueblos que conservan incólume la fê mil veces santa! El marino que lucha en medio de las agitadas olas del Océano, viendo abrirse á sus piés el insondable abismo, ancha y espantosa sepultura que se muestra amenazadora á sus ojos, levanta en aquellos momentos de terrible angustia su mirada fervorosa á la region de los cielos para implorar su salvacion de la Virgen de Begoña, de Arrate, de Iziar, murmurando sus convulsos labios un voto solemne, salido de lo más profundo del corazon, y siente renacer en su alma la esperanza ya casi dispuesta á perderse para siempre en la inmensa soledad de los mares; del mismo modo que el viajero de la vida, en la lucha tempestuosa sin fin del corazon, agitado por pasiones más terribles que las de la

Naturaleza, llega, rendido por los desengaños, abatido por la pérdida de ilusiones queridas y con el triste recuerdo de días más felices, á lanzar su mirada espiritual á la Religión, el consuelo más vivo y fecundo del alma.

No se concibe un pueblo sin religion, porque la religion es al espíritu, lo que el alimento al cuerpo.

En medio de las grandes maravillas del Universo; de los astros que giran en la inmensidad de los cielos; de la electricidad que lleva, en lucha con el pensamiento mismo, la idea de las más altas concepciones del espíritu humano del uno al otro extremo del mundo, atravesando las revueltas aguas de los mares, poblados por millares de seres, tan infinitos por sus variedades como por su tamaño; de la locomotora que orada las montañas, atravesando pesos inmensurables; del génio humano, en fin, que adivina las leyes eternas por que se rigen los globos infinitos que cruzan el espacio, ó descubre en lo más profundo de las entrañas de la tierra los secretos del génesis del Universo; el hombre reconoce, allá en lo más profundo de su alma, en lo íntimo de su conciencia, que solo Una Mano Poderosa ha podido crear tantas y tan extraordinarias maravillas, y dictar esas leyes eternas y armónicas, que son el cumplimiento más acabado de fuerzas y acontecimientos sin hora ni medida.

Y la misma creencia pura y santa, y la misma fé mil veces bendita, es la que crea y graba en la historia los hechos prodigiosos de grandezas inmortales, y en la vida de los pueblos el lazo fecundo y poderoso de honrosas tradiciones.

No es en verdad, de las ménos brillantes, en este país de tanto entusiasmo religioso, la tradicion secular de Nuestra Señora de Arrate.

Allá, en las pasadas edades, cuando el sentimiento religioso constituia las tres cuartas partes de la vida de los pueblos, cuando el alma apénas miraba á la tierra para levantarse á los cielos, en la cima de un monte elevado, cercano á la villa de Eibar, encontróse á la imagen de la Virgen Maria, colocada allí sin que nadie pudiera darse cuenta de hallazgo tan feliz como misterioso. Un mismo pensamiento brotó en todas las inteligencias, un mismo sentimiento en todos los corazones. Era preciso levantar á tan sagrada y querida efigie un monumento imperecedero que perpetuase la memoria de día tan venturoso, legando tan preciosa donacion á las generaciones futuras.

La fé no consiente reflexion; se inspira solo en una vehemencia de

ardiente entusiasmo, y á la idea sigue el hecho, como al relámpago el trueno.

Los caseros cogen en sus brazos la sagrada Imágen y la trasportan á un punto cercano á Eibar, muy cerca de donde hoy se venera Nuestra Señora de Azitain y sin levantar mano hacinan por todas partes grandes piedras para empezar al día siguiente la construccion del santuario.

Pero todo tiene que ser maravilloso al par que sencillo en esta seductora historia. Al día siguiente, cuando vuelven para proseguir la obra ¿cuál no seria su asombro al encontrarse sin su Virgen Maria y sin las piedras que habian reunido? La tristeza se apodera de todos. Queda, sin embargo, la fé y con ella la inspiracion. Espárcense por todos sitios y al poco tiempo corre de boca en boca la buena nueva de que dos de los exploradores habian encontrado la santa Imágen en el mismo sitio precisamente del día anterior. Verla, cogerla en sus brazos y volverla á bajar al sitio designado para santuario, todo fué obra de un momento. Fué preciso tambien bajar las piedras y en esta operacion se pasó todo el día, retirándose luego á descansar.

No todos abrigaban ya la confianza de volver á encontrar á la Virgen en el mismo sitio. Lo sucedido el día anterior no podia ser obra del hombre.

Cuenta la tradicion, transmitida de generacion en generacion y de caserío en caserío, que cerca del sitio en que colocaron la sagrada imágen, habitaba un hombre curioso y no del todo muy creyente, que trató de observar lo que acontecia aquella noche. Púsose al efecto detrás de la puerta y aplicó el ojo por el agujero del cerrojo. Un espectáculo maravilloso se ofreció á su vista.

La Virgen habia desaparecido; pero en su lugar una jóven hermosísima, tan hermosa como el dorado ensueño de los juveniles años, con un aguijon en la mano derecha, guiaba dos blanquísimas vacas, de brillantes cuernos, que arrastraban una sólida y elegante carreta, en donde iban colocadas simétricamente las piedras.

Pero cara pagó su curiosidad el campesino. Oyóse una voz en el espacio cuyo eco fué á perderse, repercutiendo de montaña en montaña, en el lejano mar que pronunció esta terrible sentencia:

¡Desgraciado del que intenta penetrar en los altos designios de Dios! ¡Hombre curioso! perderás el ojo que ha descubierto el secreto de la Virgen.

A la palabra misteriosa siguió la ejecucion. El casero perdió el ojo aunque sin dolor.

Al día siguiente la sagrada imagen y las piedras estaban de nuevo en la cima del monte. Ya no era posible dudar. La Virgen Santísima quería ser venerada en altares levantados en aquel sitio en donde se encontraba entre piedras. Púsose, pues, al monte el nombre de Arrate y edificada la capilla se colocó allí la Santa Imagen con el nombre de Nuestra Señora de Arrate ó Arriarte (entre piedras).

Colocado el santuario en situacion tan elevada, fácilmente se comprende que la subida es penosa y larga. Nada es, sin embargo, difícil para una buena voluntad, y más, animada por el sentimiento religiosa. Por otra parte, como el monte está equidistante casi de varios pueblos, la romería de Nuestra Señora de Arrate ha sido siempre sumamente concurrida y su venerado y santo nombre ha atraído un sinnúmero de fieles de todas partes.

Partiendo del pueblo de Eibar por la carretera que conduce á Malzaga, punto en donde bifurcan dos caminos, uno para Elgoibar y otro para Vergara, como á la mitad de Eibar al expresado Malzaga y en frente del Santuario conocido con el nombre de Nuestra Señora de Azitain, empieza la empinada cuesta que conduce por un camino bastante malo y poco cuidado á la preciosa Iglesia de Arrate.

Tres pequeños santuarios colocados casi á la misma distancia desde la base del monte á la cumbre, recuerdan al viajero el santo camino que recorre y sirven de estímulo para continuar la penosa jornada. ¿Que representan estos sitios destinados á la oracion, etapas consagradas á la Virgen? La tradicion oral, única que ha llegado hasta nosotros, se divide en dos direcciones; sostienen unos que son los pasos ó sitios en donde la Virgen colocó sus sagrados piés; creen otros que son los parajes donde descansaron las blancas vacas que arrastraban la carreta.

Concluida la ascension presenta el monte un magnífico golpe de vista. La cumbre es una espaciosa llanura, llena de corpulentos árboles, que ofrecen un conjunto tan caprichoso como armonioso. Una magnífica cruz de piedra, con grandes anillas de hierro, extendiendo sus grandes brazos indica el principio del monte y á la distancia de cincuenta pasos, á la derecha, está la Iglesia en figura de nave, ancha, clara y alegre, y dudamos pueda presentarse otra tan buena en su género. Desde luego se concibe, al verla, que es de época muy recien-

te relativamente: no fué ella la primitiva y así consta de un manuscrito que se conserva en la misma Iglesia.

La vista se recrea desde aquellas alturas con el espectáculo de panoramas incomparables. Por todos sitios á donde se tienden los ojos, se presenta la naturaleza con una encantadora exuberancia de vida y con los paisajes más pintorescos. Ya son los elevados montes á cuyo pié, al lado opuesto, se encuentra la villa de Marquina; ya el precioso valle de San Lorenzo con la carretera que elevándose á una considerable altura conduce al monumento maravilloso de San Ignacio de Loyola; ya el valle poético de San Pedro de Elgoibar que en nada desmerece de los decantados paisajes de la Suiza; Plasencia de frente, Eibar á la derecha, y allá, á lo léjos, perdiéndose entre la bruma, una inmensa sábana siempre en movimiento, y sobre ella, en los días claros, limpios, despejados, blancas velas de barcas pescadoras.

Y para que nada falte á este cuadro divino, indescriptible, la Virgen de Arrate tiende hácia el Océano su protectora mirada para indicar al navegante que confie en un día venturoso y tranquilo en que pueda volver á pisar las hospitalarias playas de este rincón querido del Cantábrico.

MARCIAL MARTINEZ AGUIRRE.

